

CUÁN CARO SALE SER POBRE

Raquel Ricoy Rodríguez

Dentro del marco de reconfiguración neoliberal que externaliza la responsabilidad del Estado hacia el sector privado, la pobreza no solo se convierte en una opción política, sino una externalidad funcional y positiva dentro de una lógica de suma-cero que nos individualiza y nos fragmenta.

El auge de lo que Stuart Hall denominó *populismo autoritario* encuentra aquí su base material: la frustración de las clases populares frente a la precariedad estructural se canaliza no contra los responsables de su empobrecimiento, sino contra los “otros”, inmigrantes, mujeres, minorías, mientras se abrazan políticas públicas, que, en última instancia, las siguen perjudicando.

Y es por eso, que, aunque me duela y me pese, entiendo el auge de la extrema derecha. Imagino que siempre es más fácil mirar hacia abajo que atreverse a mirar hacia arriba, porque esto supondría admitir que la desigualdad no es un accidente, sino el motor.

Guimarães Nunes analiza cómo la precariedad se romantiza: se nos enseña a sentir orgullo por resistirla, a llamar “resiliencia” a lo que es explotación. La pobreza se vuelve culpa individual; la sostenibilidad, un gesto privado.

Se celebra la transición verde sin cuestionar a quién se expulsa de ella. El greenwashing disfraza intereses empresariales de compromiso ambiental. Mujica lo llamaba “holocausto verde”: un modelo que desplaza al sur global para salvar un planeta que no será de todos.

¡Qué paradoja! La justicia climática se celebra sobre los escombros de la justicia social.

Y mientras tanto yo, no tengo dinero para comprar un coche que cumpla con tus estándares de CO2. Y me echan de mi ciudad, porque yo contamina, porque soy “cómplice del cambio climático”. Soy señalada por mi consumo y pago los 20 céntimos de la bolsa de plástico porque se me olvida la totebag, pero esos céntimos a *mí* si me duelen y mercantilizan mi culpa. Pero al que los 20 céntimos no le suponen nada, jamás se le cuestiona su forma de vida.

El decrecimiento, alternativa real al colapso ecológico, es ridiculizado. Las ciencias económicas que se enseñan desde una lógica obsoleta no solo ignoran límites ecológicos y violencias estructurales, sino que se presentan como neutras, ocultando su carácter profundamente político.

Y mi papel como ciudadana, ¿Cómo se integra en esto?, me pregunto una y otra vez con frustración. Porque no basta con criticar un modelo que nos encadena, creo que es vital forjar espacios alternativos de construcción colectiva.

Forjar espacios seguros e inclusivos donde repensar y reinventar la economía; donde hablar de una *economía de bien común*; donde la económico se transforme en un proyecto al servicio del ciudadano, del pueblo.

Pero esta transformación choca con políticas que perpetúan desigualdades: impuestos ecológicos regresivos, gentrificación, desplazamientos por energías limpias, todo bajo un nuevo colonialismo que silencia conocimientos locales.

La pobreza ya no solo se tolera, se necesita. Es funcional a un sistema que, en nombre de la sostenibilidad, nos expulsa. Lo más duro no es que el sistema lo permita. Lo necesita.